



EL
PENSIL
DEL
BELLO SEXO



URBISTEA

PCI



EL PENSIL DEL BELLO SEXO,

Periodico semanal de literatura, ciencias, education
artes y modas, dedicado exclusivamente a las damas.

Para las condiciones de suscripcion, véase la última página.

Advertencia.

Con el número de hoy cumplimos á nuestras amables suscriptoras y señores que nos favorecen la oferta que les hicimos de un nuevo obsequio, como pequeña muestra de gratitud á la acogida que les merecimos. Repartimosles, pues, otro vals sacado del baile titulado *La Esmeralda*. Con el número inmediato se verificará igualmente el reparto del bello figurin correspondiente á la suscripcion ordinaria del próximo mes.

Los figurines de la suscripcion extraordinaria de señoras los repartimos todos los domingos con la puntualidad que es notoria.

S A F O .

Hemos hablado ya de la violencia y los combates que debe sufrir el alma de la mujer que se consagra á la ambicion ó á la gloria: el ejemplo de *Safo*, cuya vida vamos á apuntar, aunque ligeramente, viene en confirmacion de esta idea. Su vida fué muy triste: ella cantó como el cisne, y como el cisne murió cantando; ¡al lanzarse de la roca de

Leucade, iba abrazada con su lira. Empero sus cantos no eran melancólicos y suaves como los que entonan las aves de los lagos; brotaba de ellos por todas partes el fuego que devoró á Prometeo y eran inspirados y proféticos como los acentos de las sibilas: su alma, arrancada á su verdadera esfera, se hallaba bajo el influjo de un vértigo.

Safo, nació en Mytilene, isla de Lesbos, por los años de 612 antes de J. C. Segun los escritores de aquella época era fea, bastante baja y de un color extremadamente moreno. Apesar de esto Platon la llama *bella*, sin duda por el genio que brillaba en sus ojos y que como una llama celeste, embellece la figura humana, y la da un *no se qué* de divino.

Como era costumbre entre los poetas de aquellos tiempos, *Safo* cantaba sus versos acompañándose con la lira. Hay algunos que afirman que sabia tocar cuantos instrumentos se conocian entonces en la Grecia. Lo que hay de cierto es que fué la inventora del verso armonioso que lleva su nombre, y que

legó á dos sublimes poetas, Píndaro, á quien habia excedido en entusiasmo, y Horacio, ese brillante imitador de los ritmos griegos.

Sus cantos, de que no han quedado mas que muy ligeros vestigios, excitaron entre sus contemporáneos una entusiasta admiración. Cuando hablaban de *Safo*, la llamaban la décima musa, y la colocaban entre sus dioses. Sus versos, no los llamaban versos, sino *fuegos, llamas, ardores*, todo lo que podia significar la exaltacion poética llevada hasta el desvario. Plutarco dice de ella en su libro del amor: «*Safo*, esparce enrededor de sí todo el incendio de su alma; es una Pittia, que se inflama sobre el trípode.» En efecto, ella no parecia conocer otros dioses que Venus y el amor; sus sentimientos eran impetuosos, violentos: su alma se alimentaba de continuo de delirio y de desesperacion. De las infinitas obras que se supone escribió no se conservan mas que dos odas y algunos pequeños trozos esparcidos en algunos historiografos de la Grecia. Esta pérdida es tan irreparable como lo hubiera sido la de las obras de Hesiodo ú Homero, si se considera que la humilde ciudadana de Lesbos de quien nos ocupamos, consiguió la gloria de que se fundiesen monedas que llevasen su efigie y su lira. Esta distincion prueba, mas que todo, el aprecio en que sus contemporáneos la tenian.

Los detalles de su vida nos son tambien bastante desconocidos. Solo sus amores, sus fatales amores, han podido llegar hasta nosotros repetidos por la lira de los poetas y amadores de todos los siglos.

Ella en efecto amó con todo el fuego de su alma y toda la exaltacion de su temperamento. Por desgracia Faon su amante se cuidó poco de los cantos de su alma y la despreció.

Entonces fué cuando aquella imaginacion violenta y exaltada se empero hasta el delirio ante aquella resistencia. Ella habia dicho: «La muerte es el mayor de los males; los dioses lo han creído así cuando no han querido morir. Y sin embargo ella se condenó á la muerte mas horrible se precipitó desde lo alto del salto de Lencada.

Verdad es que existia entonces la creencia de que los que se lanzaban de aquella roca, se salvaban y perdian la memoria del modo mas completo de lo que hasta entonces habian sido; pero Safo no buscaba el olvido en aquellas aguas, buscaba la muerte: su alma no podia ansiar la calma; necesitaba el alimento perene de todas las mas tumultuosas pasiones.

Así murió aquella célebre cantora de la Grecia: ella habia comenzado por la gloria para acabar por el amor; pero al volver á donde su naturaleza la llamaba, habia escitado demasiado su imaginacion y su sensibilidad, para que no acabase por morir á impulso de sus violentas pasiones. El amor que aquella alma habia concebido no podia ser nunca una cosa humana: por medio de sus continuas arrobaciones se habia levantado á una altura en que su organizacion de mujer no habia de poder sostenerle: entonces su fantasia debia exaltar sus peligros, y su corazon sus dolores: entonces debia morir.

POESÍA.

En el número anterior insertamos la composicion poética A LA ITALIA de DOÑA ANGELA GRASSI, no habiendo hecho lo mismo con otras pertenecientes á varias señoritas, porque ni tenemos espacio, ni son todos los versos tan bellos como sus amables autoras. Los que insertamos hoy (ú los cuales seguirán poco á poco los que mas notables creamos entre los que se nos han remitido) pertenecen á la señorita DOÑA ENCARNACION CALERO DE LOS RIOS, autora del poema de Sevilla, y cuyas dotes de inspirada naturalidad en los sentimientos que expresa, nos parecen muy dignas de atencion. Nuestra poética se queja triste y armónicamente de la suerte fatal de su sexo, y lo hace con uncion y elocuencia... como mujer que sufre lo que dice, como infortunada tal vez que dice lo mismo que siente. Nosotros, aunque hombres, conocemos la razon que existe en el fondo de las inculpaciones que nos hizo la ilustre CAROLINA CORONADO. Al unir su voz á la de esta la sensible autora del poema que á continuacion insertamos, aunamos nosotros la nuestra á la de una y otra canto-

ra, pidiendo para el sexo á que pertenecen las consideraciones de que es digno, y mas cuando dá en nuestra España tantas muestras de lo mucho que vale.

**Á LA SEÑORITA DOÑA CAROLINA
CORONADO.**

En armónico acento
Una voz escuché, que en dulce lira,
Con tierno sentimiento,
Sobre el destino femenil suspira,
Y eleva al firmamento
Su queja, su cancion y su tormento.
Y yo tremé con pena:
Que desde tierna edad ví adustamente,
De angustia el alma llena,
Del mujeril destino lo inclemente.
Turbó mi faz serena
Ver, para mí tambien, dura cadena.
Y ¡ay! triste ¡ay! me decia:
El sábio Dios de los destinos dueño,
La débil raza mia
¿Porqué la mira con adusto ceño?
¿Porqué la entregaria
Del hombre á la inclemente tiranía?
Mas no, nunca del cielo
El decreto fatal al mundo vino;
Dueño del triste suelo
El hombre se hizo y nos dictó el destino
Con aparente celo,
Del bien de la mujer su pró y consuelo.
Cuando el primer humano,
Porque solo en la tierra no viviera,
Dios con su sábia mano
Le formó y dió su amable compañera,
El autor soberano
Compañero llamóle, no tirano.
Y hubo feliz un dia
En que el hombre su orgullo prepotente,
Su altiva tiranía,
Entre flores y encantos blandamente
Con dulzura escondia,
Y á la mujer su reina la decia.
Y aunque la adusta dueña
Nuestros tímidos pasos espiaba,
Y severa, ó risueña,
Mí tristes escarmentos nos contaba,
Y con espectros sueña,
Eran, en fin, ensueños de la dueña.
Que en tanto, si oprimidas,
Cual ídolo precioso en urna de oro,
Eramos defendidas,
Y los hombres llamábannos tesoro,
Cual tesoro queridas
O flor en los pensiles escogida.
Con rigor condenaron
Nuestro sexo á la pérfida ignorancia,

E injustos nos juzgaron
Imbéciles, su orgullo y arrogancia:
Empero nos dejaron
Altar é incienso que sobre él quemaron.
Honor era el primero
Y luego *amor* de todos los deberes:
Opreso y lisongero
Era á un tiempo el destino en las mujeres
¡Y hoy! hoy! ¿quién caballero,
Por la mujer desnudará el acero?
No es ser digno de nada:
Ni átomo perceptible que se note:
Nació en era menguada,
En la que solo se menciona el dote.
En que triste, olvidada
Arrastra una existencia infortunada.
Pacientes los maridos
Los hermanos y padres mas pacientes
Los hijos, los amigos y parientes;
Las mujeres son seres desvalidos
Y de valerse á sí destituidos.
Cantemos, compañera,
Si bien mi pobre lira se discorda,
Y en voz no lisongera
Con su ronco sonar el viento asorda,
Nuestra edad lastimera,
O en *profecía*, mas dichosa era.

ENCARNACION CALERO DE LOS RICOS.



LOS CUATRO ENRIQUES.

Era una noche en que llovía á mares, cuando segun su cuenta una vieja que pasaba en el país por bruja, y que habitaba una pobre cabaña en el bosque de San German, oyó llamar á su puerta: abrió y vió á un caballero que demandaba hospitalidad. Introdujo el caballo de este en un granero é hizo pasar adelante á su huesped. A la claridad que despedia una lámpara humosa, conoció que era un jóven de la nobleza. Si la persona revelaba la juventud, el traje revelaba la condicion. Alumbró el fuego la vieja, y preguntó al caballero si queria comer alguna cosa, y como el estómago es á los diez y seis años, á par que el corazon, tan ávido como poco escrupuloso, aceptó nuestro huesped el pedazo de queso y de pan negro recien salido de la artesa, que era lo único que podia ofrecerle la dueña de aquella pobre cabaña.
«No tengo otra cosa, dijo la vieja al jó-

ven: esto es lo único que me dejan para poder ofrecer á los viajeros el diezmo, los tributos, los impuestos y demás contribuciones que pesan sobre mí; sin contar con que los pillos de los alrededores se sirven de la fábula que ellos promueven de que soy una bruja, para robarme sin escrúpulo de conciencia los productos de mis pobres campos.

—Pardiez, dijo el joven noble, si yo llegase á ser alguna vez rey de Francia, haría que se suprimiesen los impuestos y que se diese la competente instrucción á los pueblos.

—Dios os oiga: «respondió la vieja.

Al llegar á esto, se aproximó el joven á la mesa con ánimo de empezar su refrigerio; pero se detuvo al oír que llamaban de nuevo en la puerta. Abrió la vieja y vió otro caballero calado por el agua y que pedía hospitalidad. Concediósele en efecto; y apenas entró el nuevo caballero, cuando se pudo observar que era joven y noble como el primero.

«¿Sois vos, Enrique? dijo el uno.

—Sí, Enrique,» contestó el otro.

Ambos se llamaban Enriques, y según pudo conocer la vieja de la conversación que los dos jóvenes comenzaron á seguir, ambos á dos formaban parte de la numerosa partida de caza que había acompañado al rey Carlos II y que una tempestad había dispersado.

«Buena vieja, dijo el reciénvenido, ¿no tienes nada más que darnos?

—Nada, respondió ella.

En ese caso, dijo él, dividamos lo que haya.»

El primer Enrique hizo un gesto de desagrado; pero al contemplar la mirada resuelta y las apariencias nerviosas del segundo Enrique, dijo con triste acento:

«Partámoslo pues.»

Encerraban estas palabras el pensamiento que no osó de revelar de «Partámoslo, no sea cosa que él se lo lleve todo.»

Sentáronse pues cara á cara, y ya uno de ellos iba á cortar el pan con su daga, cuando se oyó llamar á la puerta por tercera vez. El encuentro era singular: el que venía era nada menos que otro noble, y este noble era también joven, y este joven se llamaba también Enrique. La vieja se puso á contemplarlos con sorpresa. En tanto el primero quiso ocultar el queso y el pan; pero el segundo lo colocó de nuevo sobre la mesa y puso su espada junto á uno y otro. El tercero se sonrió.

«¿Con qué es decir que no queréis darme de vuestra cena? dijo él. Pues señor no me importa, porque tengo buen estómago y podré esperar:

—La cena, dijo el primero, pertenece de derecho al que llegó antes.

—La cena, dijo el segundo, pertenece al que sabe defenderla mejor.»

Encendióse el tercer Enrique en cólera al oír esto, y dijo con arrogancia:

«Tal vez pertenezca al que mejor sepa conquistarla.»

Apenas hubo proferido estas palabras, cuando el primer Enrique empuñó la daga y los otros dos tiraron de las espadas, con ánimos recíprocos de venir á las manos. En esto se oyó llamar á la puerta de nuevo, y apareció á poco otro joven, que también era noble y también se llamaba Enrique como los otros tres. El recién llegado que vió las espadas desnudas desenvainó también la suya, y se puso á dar manotables al tun tun, al lado del que creyó más débil. La vieja corrió á ocultarse, y las espadas continuaron estropeando cuanto estaba á sus alcances, Cayó la lámpara al suelo, y á pesar de la sombra en que quedó envuelta la estancia, continuaron los cuatro combatientes sus tajos y mandobles. Mas luego el ruido de los aceros se fue poco á poco debilitando, hasta que cesó del todo. Entonces salió la vieja de su escondite, y á la luz de la lámpara, que alumbró de nuevo, vió á los cuatro jóvenes tendidos por tierra y heridos todos cuatro, aunque no de gravedad. La pobre mujer los examina, y halla que no tenían otra cosa sino que la pérdida de sangre que habían sufrido, y el cansancio los había debilitado hasta el punto de hacerlos caer. Poco á poco se fueron levantando uno detrás otro los cuatro Enriques, y avergonzados de lo que habían hecho, se echaron á reír diciendo:

«Vaya, comamos en buena armonía y sin acordarnos de lo que ha pasado.»

Pero fue el caso que, cuando se trató de buscar la cena, se la encontró echada por tierra y hasta mojada en sangre. Entonces fue cuando todos cuatro suspiraron aquellas pequeñas provisiones que antes habían desperdiciado. En tanto que esto pasaba, la pobre vieja, sentada en un rincón, contemplaba con ojos de fiera á aquellos cuatro jóvenes que así habían sido causa del descalabro en que había quedado su pequeña cabaña.

«¿Qué tienes que mirarnos tanto? dijo el primer Enrique, á quien la mirada fija de la vieja intimidaba.

—Miro vuestros destinos, que lleváis escritos en vuestras frentes,» respondió la vieja.

Entonces el segundo Enrique le ordenó

con durcza que se los revelase, y los dos últimos jóvenes insistieron en su peticion con la sonrisa en los lábios.

«Pues bien, oid, dijo la vieja. Del mismo modo que os habeis visto reunidos en esta cabaña os vereis reunidos por un destino comun á todos cuatro, y asi como habeis hollado con vuestros pies, y mojado con vuestra sangre el pan que la hospitalidad os ha ofrecido, hollareis y manchareis con sangre el poder que podriais amigablemente repartiros. Como habeis devastado y empobrecido esta cabaña, devastareis y empobrecereis la Francia; y como habeis sido heridos en la sombra, todos cuatro perecereis á manos de la traicion y de muerte violenta.»

Los cuatro jóvenes se rieron de la predestinacion de la vieja,

Estos cuatro jóvenes eran los cuatro héroes de la liga, dos como gefes de ella y dos como sus enemigos.

Enrique de Condé, envenenado por su mujer en San Juan de Angely.

Enrique de Guisa, asesinado en Blois por los Cuarenta y cinco.

Enrique de Valois (Enrique III), asesinado por Santiago Clemente en Saint-Cloud.

Enrique de Borbon (Enrique IV), asesinado en París por Ravaillec.

La tumba y la rosa.

(Traduccion de V. Hugo).

La tumba dijo á la rosa:

«¿Qué haces, flor de los amores.

De las que el alba llorosa

Lágrimas de amor te dá?

—¿Y qué haces tú, lecho umbrío,

La flor á su vez pregunta,

De lo que en tu centro frio

A dormir por siempre vá?

—De esas lágrimas doradas,

Dice la flor, tumba triste,

En esencias delicadas

La miel convirtiendo voy.

—Diva flor, que el alba riega,

Dice la tumba: yo en tanto,

De cada alma que me llega

Un ángel al cielo doy.

H. de Salortres.

LA CASA DE PERO-HERNANDEZ.

(Continuacion.)

III.

Cuando el alcalde y la alcaldesa, y Aldonza y la criada y los cuatro que acababan de llegar, oyeron decir al escudero que el perro que ladraba era el suyo, un estremecimiento involuntario se apoderó de sus miembros, subiéndole de punto el espanto cuando le vieron resuelto á salir en su busca.

—No hagais tal, por el amor de Dios, exclamaron los ocho á la vez: no os acerqueis de cien leguas á esa casa endemoniada; no tenteis la ira de Dios.

El oficial no hablaba una palabra, si bien se conocia en su semblante que no las tenia todas consigo. Como era natural del pueblo, sabia, como el que mas, cuanto de aquel palacio se referia; y por mas valiente que fuese en los combates, al oír hablar de cosas del otro mundo, se le caia el alma á los pies. El escudero, para quien todo aquello era una gerigonza ininteligible, no pudo menos de echarse á reir.

—¿A qué viene eso? exclamó: ¿qué tiene de particular que ese perro que ladra sea el mio ó deje de serlo, y que salga su amo á buscarle? ¿está prohibido en este pueblo que los amos vayan detrás de sus perros?

—No salgais, por las entrañas de Maria Santísima! le dijo el alcalde. No salgais, por los clavos de Jesus! exclamaron los demás. No salgais! dijo tambien el oficial, con acento algo menos entero y robusto del que empleaba para referir sus hazañas. Hasta la pobre y sensible Aldonza, dejando disimulos á parte, le rogo con el mayor encarecimiento que se estuviera quieto á su lado. No salgais, Diego Perez; no os acerqueis á esa terrible mansion.

Estas palabras, pronunciadas con un acento y una ternura indecibles, hicieron parar á Diego que estaba ya á la puerta de la cocina, pudiendo Aldonza con él lo que los ruegos y súplicas de los ocho juntos no habian podido conseguir, hacerle detener un momento.

—¿Pero no me direis, dijo al fin, qué peligro es ese que me amenaza, ó qué ejército de moros es el que me espera en la calle?

—Pluguiese á Dios que fuera de moros, y no de diablos en cuerpo y en alma.

—¿De diablos, señora alcaldesa?

—De diablos, Diego Perez. ¿No habeis oido lo que acaban de contar estas pobres gentes? ¿No os han dicho que acaban de ver

una luz en la casa de Pero-Hernandez, y que se oye un ruido espantoso, y que hoy hace años que Pero-Hernandez murió?

—¿Y qué tiene que ver todo eso con salir yo en busca de mi perro..... y sobre todo, ¿quién es ese Pero-Hernandez á cuyo nombre os santiguais.?

—Jesus, Maria y José! contestó Aldonza. ¿Oís el aire que hace? ¿el viento espantoso que acaba de levantarse? Pues hoy hace un año cabal que se levantó tambien á estas horas: esta noche no duerme un cristiano en el pueblo.

—Pues para dormir en el campo, el tiempo es lo mas á propósito, repuso Diego.

—Quiero decir, que ninguno se atreverá á cerrar los ojos.

En esto comenzaron á oirse las campanas de la iglesia que doblaban á muerto. En todas las casas del pueblo se puso la gente á rezar, y en la casa contigua á la del alcalde se oia distintamente el santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, entonado con la mas fervorosa devocion. Con el ruido de las campanas y las violentas sacudidas del viento, dejaron de percibirse los ladridos del perro.

—No sería malo, exclamó el oficial, que nosotros tambien sacásemos el rosario.

—Mejor sería, contestó el escudero, se sirviese vuesa merced decirme á qué se reduce todo esto, y al menos sabria á que debo atenerme.

El alferéz satisfizo á Diego de la mejor manera que pudo. Pero-Hernandez, le dijo, fue un hombre que vivió en esa casa abandonada que está al extremo del pueblo; un hombre que dió muy mala vida á su mujer....

—No es eso, interrumpió Ramon: Pero-Hernandez no fue casado; fue un clérigo que nunca rezaba, ni asistia al coro, ni decia misa, ni....

—Yo sé muy bien lo que me digo, replicó amostazado el oficial: Pero-Hernandez fue casado.

—Fué clérigo, señor alferéz. Mas de cien veces me ha contado mi abuela esa historia.

—Y á mí tambien me la ha contado la mia.

—Sobre que Pero-Hernandez fué clérigo...

—Sobre que fue casado...

—¿En qué quedamos? exclamó Diego Perez.

Mi abuela, dijo la alcaldesa, esplicaba la cosa mejor, porque comenzaba diciendo que Pero-Hernandez fué casado primero, y que despues enviudó, y entonces tiró por la iglesia.

—Ahí se puede ver si yo tenia razon.

—Y ahí se puede ver si yo la tenia tambien, replicó el oficial.

—En efecto, contestó el escudero: ambos decian bien. Hasta ahora no me parece mal el cuento, pero hacedme la merced de acabarlo luego, porque si no me equivoco, he vuelto á oír mi perro, y mientras no haya otra razon para quedarme que lo que hasta ahora habeis dicho, iré por el perro, y tres amas.

—Es bien seguro que no ireis, dijeron todos. Oíd la conclusion de la historia.

—Como iba diciendo, prosiguió el alferéz, todo lo que del tal Pero-Hernandez se sabe es que fue un hombre muy malo y dejado de la mano de Dios, el cual vivió en esa casa por espacio de veinte y cuatro años, sin salir de ella jamás, ni para ir al coro cuando era clérigo, como dice el tio Ramon, ni para cumplir con ninguna de las obligaciones de buen cristiano cuando era casado, como decia mi abuela. La época en que existió, ninguno la ha podido averiguar, pero se sabe que vivió hace muchísimo tiempo, y que fue muy rico, merced á sus hechicerias y al pacto que tenia formado con el diablo, el cual le acompañaba á todas partes bajo la figura de un perro.

—Tambien en eso os equivocais, dijo otra vez el tio Ramon: no era perro.

¿Cómo que no? Apelo á todos estos señores, y ellos diran si....

—Era perra, Sr. oficial.

—¿Señora de Dios, con la materialidad! Perra es lo que quise decir, y al cabo lo mismo da uno que otro. Lo esencial es convenir en que dentro de aquel perro ó de aquella perra estaba encerrado el demonio.

—Eso sí.

—Pues á mí me parece que no, dijo el escudero dando una carcajada.

—¿Con chanzas me venis, Diego Perez? Cuidado conmigo, porque ya sabeis que tengo malas pulgas.

—No hay que enojarse, amo mio. Y conviniendo con vos en todo lo que habeis dicho, dadme licencia para ir á buscar á mi perro que nada tiene que ver con el demonio, y á la vuelta acabareis de contarme esa historia, que en Dios y en mi ánima os juro que es la cosa mas divertida del mundo.

Y esto diciendo, tomó la escalera sin que nadie pudiera contenerle, y en menos de un decir Jesus se le oyó desde la calle silvar y llamar á su perro.

Aquí fue ella. El viento que hasta entonces habia sacudido sus alas con la mayor violencia, cesó de pronto como si obedeciese á los

silbidos de Diego, y mientras él desde una esquina continuaba silbando, el perro le contestaba desde lejos con ahullidos tan lastimeros, que la gente del pueblo que los oía se puso en la mayor consternación.

Animas benditas! exclamaban por todas partes: el perro de Pero-Hernandez contesta á su amo: Pero-Hernandez anda por las calles del pueblo...; Dios mio! ; Dios mio!

Y las campanas redoblaban su estrépito, y todo el lugar parecia un infierno.

Diego Perez en tanto no las tenia todas consigo.

—¿Qué demonios es esto? Estoy llamando á mi perro, y mi perro lo oye, y contesta á mi voz, y sin embargo no viene. ¿Si habrá en todo esto algo de hechiceria? En todo caso salgamos de la andada.

—Y con animoso y crecido corazón, como dice el cronista, se dirigió á la casa infernal. El viento volvió á soplar con la misma violencia que antes; pero nada detuvo su marcha. La noche era oscura y tristísima, y los rezos que oía el escudero por cuantas partes pasaba, unidos al mortuorio sonido de las campanas, todo contribuía á hacerla mas espantosa y siniestra. Siguió adelante sin embargo, y al llegar á la última esquina del pueblo, la cual distaba del edificio en cuestión como unos ochenta pasos, juzgó prudente detenerse y llamar desde ella á su perro. Contestábale el animal con acento mas triste que antes; pero quieto y tenaz en su sitio, ni se acercaba á su amo, ni hacia otra cosa que ahullar.

¿Qué demonios es esto? volvió á decir entre dientes (el amo, no el perro). Y continuaba llamando, y siempre le sucedia lo mismo. Parecióle en esto oír el ruido de grillos y cadenas que tanto pavor habian causado en los recién venidos á casa del alcalde, y aun creyó ver dentro del edificio la luz de que los mismos habian hecho mención. ¿Qué hacer en tal apuro? Pasar adelante era exponerse á alguna diablura; volverse á casa era cobardía; estarse quieto sentaba mal con su impaciencia. ¿Y cómo abandonar á su perro cuando tan cerca le tenia? Decidióse, pues, á llegar hasta el sitio donde estaba el animal, y haciendo la señal de la cruz y diciendo: *suceda lo que Dios quiera...* encaminóse hacia el perro que redoblaba sus ahullidos á medida que se acercaba su amo.

Llegó allá en efecto... ¡rasgo increíble de intrepidez y de valor! ¿Pero cuál no fue su sorpresa cuando vió que el motivo de la inmovilidad del perro, era haber caído un lazo que no le permitia salir de aquel sitio?

Bien decia yo que cuando mi gavilan no venia, algo era ello. ¿Pero quien habrá puesto aquí este maldito lazo? Vamos, no podia haberse discurrido diablura semejante.

Dijo, y sin poder contener la risa, puso en libertad á su perro, el cual no se artaba de dar saltos y de lamer á su amo, agradeciéndole el beneficio. ¿Quién te ha metido ahí, gavilan? le preguntaba Diego, dirigiéndose á casa con él. ¿Cómo no te ha echado falta tu amo embebecido en su conversacion con Aldonza? Las mujeres sí que son el demonio y no los perros. Vamos, vamos á casa, gavilan: la cena te vengará del mal rato.

Esto dicho, dirigióse hacia casa, creyendo que el perro le seguiria; pero gavilan volvió atras, y empezó á arañar con las manos la puerta del edificio.

—Vamos, vamos á casa gavilan.

El perro prosiguió rascando la puerta, sin hacer caso de su amo.

—Jesucristo! exclamó el escudero.

El perro ahullaba lastimeramente.

—¿Le habian armado otro lazo?

Esto es mas serio de lo que yo creia. Pero en todo caso allá voy. Yo no salgo de aquí sin mi perro.

Dijo, y dirigióse á la puerta, á tiempo que por una rendija agarraban al perro por la cola, si no es que á Diego le pareció así, pues tardó largo tiempo en sacarle de aquel sitio en que el animal parecia estar preso por detrás. Arrancado al fin gavilan de la invisible mano que le sujetaba, creyó Diego oír una voz, y por un movimiento maquinal echó á correr con gavilan en brazos. Este ahullaba mas fuerte que nunca, y se restia á marchar mas no por eso se detuvo Diego. Llegado á la puerta de casa, avergonzóse de su correria, y hasta llegó á creer que todo era ilusión y nada mas.

La sorpresa del alcalde y la de todos los que estaban con él, cuando le oyeron llamar á la puerta y llegar vivo en compañía del perro, escusado es decirlo. Contóle Diego lo que le habia pasado, y ellos acabaron de referirle la historia interrumpida, aunque no sin incurrir en repetidas contradicciones. De to'lo ello lo único que se sacaba en limpio era á ser la casa de Pero-Hernandez el terror de la población. Diego lo echaba todo á risa, aparentemente á lo menos, y cuando le contaron lo de los tres hombres que habian entrado en aquella mansion endemoniada y se habian quedado dentro, y la aparición de los tres, y la del esqueleto etc., etc. Diego contentóse con decir muy formal: no he de ser yo menos que ninguno de los

tres: mañana, si Dios es servido, pienso hacer una visita á esa casa.

Las campanas entre tanto no cesaron en toda la noche, ni la gente dejó de rezar hasta que la salida del sol vino á reanimar aquellos corazones angustiados.

A LA SEÑORITA DOÑA MARGARITA MARTINEZ.

Un recuerdo en tributo á sus talentos artísticos.

Bella y gentil entre las gajas flores,
Palmera altiva que el pensil ajita,
Divina como el Dios de los amores,
Y cual ninguna hermosa es Margarita

De envidia contemplando su hermosura
Las flores su belleza han marchitada
Y al escuchar las aves su voz pura
Los trinos y gorjeos han cesado.

¿Quién al mirar sus rutilantes ojos
Cual rayos de purísimo consuelo,
No tendió el pensamiento en enojos
A la bella mansion del alto cielo?

No tan solo es mujer, sino un querube
Radiante y celestial como el Dios santo,
Venido acá de la azulada nube
Para amenguar nuestro afligido llanto.

Y sus palabras, su mirar dejaron
La voluntad cumplida del Eterno,
Y en un vistoso Eden presto trocaren
Lo que antes era aborrecible infierno.

Cuanto placer al admiraros bella,
Extasiada sintió mi jóven alma,
Tan solo al padecer de cruel querrela
Pudisteis serle vos plácida calma.

Ma no cantar de angélica hermosura
Me es dado cual debiera en versos dulces
Como entonces hacer digna pintura
De lo bello que son vuestros pinceles.

No mas inspiracion ni fantasia:
Acabe de mi númen el tesoro,
Y en ignoto lugar la lira mia
Colgadas deje ya sus cuerdas de oro

¿A qué pulsarlas con pueril desvelo
Y audaz querer llevar el pensamiento,
Si inútil fuera ya su grande anhelo
Y rudo y sin amor el noble acento?

¿A qué á pedir en mi revuelta mente

Coronas de laural que el vate incita,
Si ha de adorar la purpurina frente
De la gentil y bella Margarita?

Gloria y honor á ti, magna pintura,
Nacida de Castilla en los pensiles,
Mas dulce y celestial que grata aurora
Al despuntar en plácidos abrilés.

Vate inmortal con entusiasmo un día
Creíme ser en ilusorio arrullo:
Menga y engaño fué: yo no sabía
Pudierais vos desvanecer mi orgullo.

Que es vuestro el porvenir de inmensa gloria,
Y el destino también con sus favores;
Vuestro un lugar en la imparcial historia,
Y el prado vuestro con sus bellas flores

Vuestro es el despuntar de blanca aurora
Y el pálido lucir de noche inquieta:
Vuestro es el Sol que los espacios dora,
Y es vuestro el corazón de este poeta.

LUIS GUCALON Y ESCOLANO.

EL PENSIL DEL BELLO SEXO sale á luz todos los domingos.

Habiéndose ocasionado dudas entre los suscritores sobre la palabra *separadamente* que figura en las condiciones de suscripción al PENSIL DEL BELLO SEXO, se previene que las expresadas condiciones deben entenderse del modo siguiente:

La suscripción al PENSIL es de tres clases:

Primera. La ordinaria, con opcion al periódico, y á un figurín de señora cada mes: sus precios son:

MADRID.	PROVINCIAS.	ULTRAMAR.
Un mes. 5 rs.	Un mes. 7 rs.	Un mes. 40 rs.
Tres. . . 13	Tres. . . 20	Tres. . . 28
Seis. . . 24	Seis. . . 36	Seis. . . 54
Un año. 44	Un año. 70	Un año. 400

Segunda. La extraordinaria de señoras, con opcion al periódico y cuatro figurines mensuales: su precio, por trimestres adelantados, es 34 reales en Madrid y 41 en las provincias.

Tercera. La extraordinaria de caballeros, recibiendo el periódico con dos figurines de caballero y un patron pequeño, con otro grande cuando se reparten en París: su precio el mismo que el de la extraordinaria de señoras, esto es, 34 rs. en Madrid y 41 en provincias por trimestres adelantados.

Los figurines sueltos se expendrán á 3 rs. para Madrid en la puerta del Sol, número 8, tienda.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán francos de porte al empresario capitalista D. Antonio Gutierrez de Leon, calle de Sta. Clara, número 8, cuarto principal.

MADRID.—1845.

IMPRENTA DE D. JOSÉ DE REBOLLEDO Y COMPAÑIA,
Calle del Fomento, número 15.

